



Grupo de presos acusados de crímenes anarquistas, en la cárcel de Jerez.

LIBROS

Andalucía:
un siglo
de alteraciones
populares

"El obrero, cuyo malestar es notorio, busca en el desconocido porvenir la felicidad que el presente le niega", escribía a principios de siglo don Antonio María de Mena, teniente fiscal de la Audiencia de Madrid, en un libro titulado "Del anarquismo y su represión". Esa felicidad que el presente negaba y el porvenir prometía se buscaba en no pocas ocasiones alterando —o intentando alterar— el presente, con ánimo de acelerar un porvenir que nunca llegó.

El proceso involutivo seguido por Andalucía en el siglo XIX ennegreció el presente de sus habitantes y fue la causa de que Blanqui afirmara, y con razón, que Andalucía era el país más revolucionario de España. Lo fue también en la época de la Segunda República, al menos a juicio de Antonio María Calero en su libro "Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)", publicado por Siglo XXI en la colección "Estudios de Historia Contemporánea".

Calero ha hecho un gran esfuerzo de investigación y de síntesis, ofreciendo una interesante contribución a la agitada y no bien conocida historia de la Andalucía contemporánea, en la línea de sus dos trabajos anteriores: "Introducción a 'Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas'", Zero, 1971; "Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923)", Tecno, 1973).

Llevaba razón Blanqui y lleva razón Calero, que saca a relucir en su apoyo, aparte de una tópica (y cierta) tradición ácrata, los porcentajes del Partido Socialista en Andalucía y la representación andaluza en el entonces incipiente Partido Comunista. Sobre el socialismo señala cómo los concejales socialistas elegidos en Andalucía representaban el 40 por 100 de todos los elegidos en España en las elecciones de abril de 1931. El Partido Comunista tenía en 1932 más del 50 por 100 de sus efectivos en la región sureña y 10 de los 17 miembros de su Comité Central (octubre 1932) eran andaluces, uno de ellos el sevillano José Díaz. Claro está que la clase dominante allí no estuvo precisamente inerte ante el empuje revolucionario, y se cuidó muy bien de tener conspicuos representantes suyos en la gobernación de España: andaluces fueron, entre otros, Martínez de la Rosa, Mendizábal, Narváez, Salamanca, Cánovas, Romero Robledo, Castelar y Moret.

En cuatro etapas divide su estudio Calero. Una primera, de

implantación del poder burgués hasta la Restauración, en la que los pronunciamientos e intentos revolucionarios tienen, dice, "carácter marcadamente meridional". Las tres partes siguientes van destinadas al estudio del movimiento obrero en la Restauración, la Dictadura y la República. Tras hacer un análisis de esos movimientos, el autor se plantea una cuestión: ¿Tienen los movimientos sociales andaluces, los de sus ocho provincias, unidad suficiente como para ser analizados en común? Pregunta que inicia un rosario de ellas. Porque si bien es cierto que "el contenido tradicional de

Andalucía como región histórica, su indudable unidad, justifica el incluir en un mismo concepto realidades indudablemente diversas, pero que presentan analogías fuertes", a la hora de explicar esa unidad, nacida en el seno de un sistema de predominio latifundista, a regiones con sistemas semejantes surgen nuevas preguntas. Y así, se pregunta otra vez: ¿Por qué en la Mancha, en Extremadura, en Salamanca, no hubo tantas y tan frecuentes ocupaciones de tierra en el siglo XIX? Esto queda sin explicar y queda pendiente de una revisión de conceptos ahora arrumbados y que gozaron de predicamento en otro tiempo. Un tiempo en que los autores, al hablar del fenómeno andaluz, echaban mano en seguida del carácter y del temperamento. Ciertamente, este carácter y este temperamento, que atizaba las alteraciones, las revueltas y las ocupaciones de tierra, se basaba en la tradicional "hambre de tierra", tantas veces señalada y con tanta razón siempre: "El 34 por 100 de personas cuya profesión era trabajar la tierra carecían en absoluto de propiedad alguna. Más de 200.000 familias, un millón de personas en números redondos, con un hambre de tierra". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

